

mensajero enviado á Sevarinda, cuyo regreso se verificó á pocos dias con la órden de que nos condujesen á la capital de los sevarambos.

Hasta aqui yo habia estado como pasmado, sin facultad para reflexionar sobre mí mismo ni sobre nuestros negocios. Ya principié á arrepentirme de haber ocultado la verdad por tanto tiempo, sin declarar nada de nuestra historia; solo una cosa me consolaba, y era el conocer la prudencia de los sporundanos, quienes no podian ignorar la fragilidad de la Naturaleza humana. Esto me determinó á buscar á Sermotas y hacerle una relacion sincera de nuestros sucesos, suplicándole me perdonase la reserva que habia guardado. Pocos hombres se parecen á los sporundanos, le dije; por lo comun todo se encuentra en nosotros: mala fé, injusticia, inhumanidad. Toda vuestra bondad no bastaba para curar mis sospechas, porque ordinariamente la bondad entre nosotros no es más que una pérfida apariencia para seducir á aquellos á quienes la sencillez de sus costumbres ha inspirado la credulidad. Mas al fin me reconozco arrepentido de haberos confundido con los demás habitantes de la tierra.

Mi relacion pareció agradaarle, y habiendo informado luego al gobernador disculpó mi si-

lencio, por el principio de que provenia. Enviaron otro diputado á la córte, y entretanto que volvia nos mandaron que no saliésemos de Sporunda, inventando cada dia nuevos placeres inocentes con que obsequiarnos á porfia.

En suma, concluyó Morrice, á no ser por el cuidado que me dáis, el tiempo se me hubiera hecho corto. El diputado ha venido hará tres dias, trae la órden de que nos presentemos todos al rey de los sevarambos, prometiendo tratarnos con toda la bondad y magnificencia propia de su dignidad. Decidid ahora qué hemos de hacer; si resolveis obedecerle, como os lo aconsejo, ahí teneis la flota que os ha de escoltar.

CAPITULO V.

El autor pasa con los suyos á Sporunda. Descripción del Osparenibon y otras particularidades interesantes.

La relacion del señor Morrice nos dió un verdadero gusto, creyendonos felices en nuestras desgracias por haber encontrado una nacion tan hospitalaria en un lugar que no pensábamos fuese habitado sinó de fieras. Nuestra

gente, informada de todo por los que habian acompañado al almirante, esperaban nuestra respuesta con impaciencia, que fué entregarnos gustosísimos en manos del generoso Sermodas y sus compatriotas.

El único reparo que me inquietaba, era que si venia el socorro de Batavia y no veian las señales que habíamos prometido ponerles se imaginarian desde luego que habíamos perecido miserablemente, y esto no solo los desanimaria, sino que quedaríamos desauiciados de volver jamás á nuestra pátria. Pero Morrice dispó mis temores, diciéndome que los sevarambos tenian navíos que corrian todas las cuatro partes del mundo, de suerte que podríamos volver á nuestras casas cuando nos hallásemos disgustados entre ellos. Y no penseis que os engaño, añadió; es un hecho que he sabido durante mi residencia en Sporunda. Preguntando un dia á Cashida cómo habia aprendido varias lenguas de Europa, me respondió que enviaban cada año muchos de ellos á nuestras córtes, no tanto para negociar como para aprender las lenguas y examinar los usos y costumbres de diferentes naciones. Que los establecimientos que les parecian sábios y justos eran autorizados por su gobierno, y en cuanto á los demás se contenta-

ban con anotarlos en los archivos públicos, de donde se sacaban y leian á ciertos tiempos para hacer conocer al pueblo cuánta era su fortuna de vivir bajo la proteccion de las mejores leyes que habia en el mundo y no estar sujetos á tan injustas y crueles como se observan en otras partes.

En esta seguridad no volví á cavilar sobre nuestra libertad, que creíamos arriesgar demasiado á la confianza, y nos dispusimos á levantar el campo con la misma alegría que si fuera para volver á nuestra pátria. Fui á complimentar á Sermodas, quien salió á recibirme con semblante agradable, y me preguntó en francés qué me parecia la descripcion de Sporunda que mi almirante me habia hecho. Yo le respondí que nos habia hechizado de tal modo, que solo deseábamos con ánsia ver aquella dichosa comarca contando con su favor. No lo dudeis, replicó Sermodas, no he venido á otra cosa. Aunque á fuerza de industria hayais hecho de nuestro campo una plaza que de nada tiene menos que de despreciable, encontrareis no obstante nuestras poblaciones bastante bien surtidas de todo lo necesario para la vida, y creb que no os arrepentireis por lo que dejais.

Despues de una comida ligera pusimos nues-

tra gente y cargamento en los navíos de Sermodas, mientras el almirante pasaba á buscar á los que se habían establecido del otro lado de la bahía. Finalmente, en tres dias llegamos á Sporunda. El recibimiento fué como el que hicieron á Morrice, excepto que á de Hayes y á mí nos dispensaron algunos honores más. Cuando fui á visitar á Albicormas se levantó de su silla y me abrazó tiernamente, dándome el parabien de mi arribo, y acabados los cumplimientos por medio de un intérprete hablamos de los negocios de Europa, que Albicormas trajo á la conversacion. Pero sin embargo del informe de Morrice, yo quedé absorto de las luces que encontré en aquel señor. El entendia el latin y el griego, y tenia una exacta idea de nuestros intereses. Hablamos alternativamente en distintos idiomas de Europa, y en todos se producía con tanta propiedad que cualquiera hubiera creído que habia estado toda su vida entre europeos, y aun nosotros mismos no le hubiéramos tenido por extranjero. En fin, me explicó varias costumbres de la nacion, sobre las cuales le pedí me ilustrase.

Así que llegó nuestra gente les dieron á todos vestidos como los de los compañeros de Morrice, y cinco dias despues de nuestro arribo me

dijo Sermodas que si teniamos algo de curiosos se preparaba un espectáculo que sin duda nos interesaria, que se iba á celebrar el Osparenibon ó las ceremonias del matrimonio que era la gran fiesta de los sporundanos, la cual se celebraba cuatro veces en cada año. Para asistir á ella mis oficiales, la comitiva y yo nos pusimos los vestidos nuevos que nos habian regalado y echamos á andar con Cashida y Bonascar, nuestros conductores, hácia el palacio del gobernador, desde donde continuamos nuestra ruta hasta un templo magnífico en que debia solemnizarse la ceremonia. Lo primero que admiramos fué una larga fila de jóvenes de ambos sexos tan gallardos ellos como ellas hermosas. Aquellos llevaban coronas de laurel, y estas unas girnaldas de flores que perfumaban toda la inmediacion. Lo restante del templo estaba cubierto con un gran velo de seda, y mientras se presentaba otro objeto de consideracion, nos divertimos en observar las particularidades del lugar. Al fin rompió una orquesta de armoniosos instrumentos, al mismo tiempo que cerrándose las ventanas fué reemplazada la luz por un sinnúmero de cirios de cera. Corrióse la cortina y apareció un altar de exquisita arquitectura adornado de filetes dorados y delante de él un globo de cristal que le

iluminaba pendiente de la bóveda. En el fondo del altar habia una estatua de mujer alimentando por diferentes pechos á igual número de tiernos infantes. Entretanto la música se iba aproximando; entró en el templo y Albicormas en seguida con sus senadores vestidos suntuosamente. Los sacerdotes salieron á recibirle con el incensario en la mano, cantando tonos sonoros hasta el medio del templo, donde le hicieron tres sumisas reverencias, le condujeron al altar, allí se arrodillaron otras tres veces y se volvieron á sus sillas.

Albicormas me hizo sentar al pié de su trono y á los míos á uno y otro lado en el mismo orden que habian guardado conmigo, despues de lo cual principió la ceremonia. Los ministros sagrados llamaron á los futuros esposos, que se dividieron al llegar al altar, los mancebos á la derecha y las vírgenes á la izquierda. Entonces el gran sacerdote subió á un pequeño trono, desde donde hizo una corta oracion, y acabada se presentaron varios sacerdotes con un incensario cuyo fuego habia sido encendido á los rayos del sol, segun supe despues. Albicormas se aproximó á este vaso sagrado con demostracion de un profundo respeto, se arrodilló, hizo oracion y siguió un himno cantado por los sacerdotes con la músi-

ca. Concluido que fué, el gran sacerdote preguntó á la primera de las vírgenes si queria ser casada; ella bajó la cabeza, se sonrojó un poco y respondió *sí*; continuó haciendo la misma pregunta á sus compañeras, mientras otro interrogaba á los hombres, y finalizada esta parte de la ceremonia, el soberano pontífice asió de la mano á la primera de la fila, la llevó á la de los hombres y la mandó que eligiese marido entre ellos.

La doncella obedeció, y parándose delante del electo, le preguntó de un modo hechicero si queria ser su señor y su esposo fiel, á lo que respondió él sin detenerse que *sí*, con tal que le permitiese ser su fiel y tierna esposa, á que ella contestó: *hasta la muerte*. El recién casado la cogió las manos al mismo tiempo, la besó en la frente y bajaron juntos á lo último del templo. Esta es la ceremonia del matrimonio en aquellos pueblos. Los demás siguieron por su orden hasta que congregados todos á la puerta del templo salieron de dos en dos precedidos de la orquesta.

Confieso que no me pareció mal esta institucion, porque así no hay recelo de un matrimonio forzado, pues el hombre puede no admitirla, como sucede algunas veces; pero la que

es repudiada á la tercera, tiene la facultad de acogerse á la casa de un senador, donde nunca dejan de ser bien recibidas y tratadas con decencia.

Lo restante del dia se pasó en fiestas y regocijos sin el más pequeño desorden ni exceso de persona alguna, fuese la que fuese. El dia siguiente nos llevaron otra vez al templo para ver otra ceremonia que era una continuacion de la precedente. Los mancebos se presentaron en triunfo siguiendo á la orquesta como el dia anterior con ramos en las manos y las guirnaldas de sus esposas puestas, todo segun las costumbres de los pueblos orientales. Llegaron al altar y consagraron sus guirnaldas y trofeos al Sér Supremo, al sol, al rey y á la patria, despues de lo cual se retiraron con las mismas ceremonias. Esta duró tres dias.

Llegó la hora de dejar á Sporunda, y pasé acompañado de mis oficiales á dar las gracias á Albicormas por los singulares favores que nos habia dispensado. Esta fué su respuesta:

«Vais á ver una ciudad tan superior á esta, como los resplandecientes rayos del sol á la débil y opaca luz de la luna. Así, pues, os encargo, por vuestro propio interés, que observeis en todo sus instrucciones.» Nos abrazó

tiernamente y nos despidió con expresiones del mayor cariño.

El dia siguiente nos embarcamos en unas lanchas pintadas y entramos en el rio meridional, cuyas riberas nos presentaban la vista más deliciosa. Pasamos la noche en Sporuma, pequeña ciudad situada en el territorio de Sporunda. El gobernador, que ya sabia debiamos llegar allí, tenia dispuesto cuanto podiamos necesitar para nuestra comodidad; salió en persona á recibirnos, manifestándonos tal bondad, que sin duda nos hubiera admirado á no acabar de experimentar la humanidad de los sporundanos. Pero no vimos allí cosa notable sinó el castigo de catorce delincuentes, cinco convencidos de adulterio, uno de homicidio, dos mujeres que debian ser castigadas á voluntad de sus maridos, por haber violado la fé conyugal, otras tres acusadas de haberse anticipado á los derechos del matrimonio, y los tres restantes eran los cómplices de éstas, los cuales estaban condenados á tres años de prision y casarse despues con ellas. Todos fueron conducidos á las puertas del Consejo, donde los desnudaron hasta la cintura.

Una de las mujeres, cuyo delito consistia en injuria hecha á su marido, era tan hermosa

que jamás vi otra semejante: tenía como unos veintidos años; su blancura, sus facciones, su configuración, sus cabellos, todo era á cual más gracioso y perfecto, de suerte que no sé cómo tuve constancia para ver al ejecutor de la sentencia hacer su deber. Al ir á levantar el brazo el fiero ejecutor para descargarle sobre aquel prodigio, su marido no pudo resistir más; atropellando por medio del concurso gritó con agitación: *detente, detente*. El verdugo se detuvo á escucharle, y el infeliz le dijo: «yo soy el esposo desdichado de esa mujer; pido que me deis tiempo para hablarla antes de pasar adelante.» Se acercó á ella enjugando sus lágrimas, y con una voz ahogada entre suspiros la habló de esta manera:

«Ulisba, mi amada Ulisba, bien sabeis el cariño que os he profesado desde el primer instante de nuestro matrimonio hasta el día de vuestro crimen. Hasta este punto fatal me habia lisonjeado de que me amábais igualmente y esta idea acrecentaba mi amor. Quiero hasta aquí examinar vuestra intencion. Si, sé los artificios de que usó el enemigo de vuestro honor y mi reposo para seduciros, y creo que á no haberos dado tantas pruebas aparentes, pero falsas, de mi comercio criminal con su

mujer, vuestra inocencia duraria. Há tres horas que me lo han dicho; ¡ojalá hubiese sido antes! Hubiera muerto primero que conducir os á este lugar en que os veo. Pero si aún conservais aquellos tiernos sentimientos que yo mismo he tocado, decidlo. Y para que la justicia quede satisfecha, recibiré gustoso los golpes que os destinaba, teniéndome por feliz de sufrirlos por una mujer á quien amo más que á mí mismo.»

«Mi querido Bramista, le dijo la hermosa delincuente, aparta tus ojos de mí. ¡Qué he de encender ya en tí sinó la cólera, ni qué puedo excitar sinó tu indignacion! Sea cual fuere el motivo que me arrastrase al crimen, ya delinquí; esto basta, aunque por otra parte mi corazón no consintiese. Pero vive seguro de que há largo tiempo que me atormenta un arrepentimiento tan doloroso como sincero, y que quisiera morir en este instante para convencerte.»

La tierna escena fué terminada por el esposo. Desnudóse, y con semblante placentero recibió los golpes destinados á su mujer, mientras ella parecia por su decaimiento un reo condenado á muerte al ver lo que el generoso Bramista padecia por indemnizarla.

Volvimos del espectáculo con toda la triste-

za que era regular inspirarnos. Por la mañana entramos en nuestras lanchas pintadas, que fué preciso atoar á fuerza de caballos por el ímpetu de la corriente. El día siguiente dejamos el río y continuamos nuestra ruta por tierra hácia el Sud; los oficiales en coche y la tripulación en otros carruajes casi iguales, menos en el adorno. Paramos á comer á muy corta distancia, porque el camino iba siempre subiendo y fatigaba mucho á los caballos. Por la tarde nos hallamos al pié de las montañas; fuimos á dormir á Sporogunda, que nos pareció ciudad magnífica, y donde nos trató perfectamente Astorbas, hombre muy inteligente en el griego y latin. Allí nos detuvimos tres días; vimos la ciudad en todo muy semejante á las demás plazas de los sporundanos, pues entre ellos un modelo sirve para todas; pero esta se distingue por sus vastos canales para regar las llanuras vecinas, obra prodigiosa que en Europa hubiera costado cincuenta millones, y aquellos habitantes no han expendido un maravedí en ella, porque cada uno ha contribuido con su trabajo gratuitamente.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

VIAJE Á LOS SEVARAMBOS.

CAPITULO PRIMERO.

El autor parte de Sporunda con sus compañeros, y llegan á las montañas. Descripción de su ruta. Encuentran bestias feroces, y Gulliver se vé en un inmenso riesgo.

Habiendo llegado al pié de las montañas que sirven de frontera á los sevarambos, descansamos tres días en Cola, que en sevarambo significa vista deliciosa. Tres ríos, llamados Banon, Carú y Silkar, riegan el territorio, cuya fertilidad á una vara de la cumbre de las montañas excede á cuanto puede imaginarse. El labrador recoge cuatro cosechas en cada año, porque nunca falta á la tierra ni humedad ni calor, y esto sucede en todo el reino. No hay país tan hermoso ni aire tan puro en el resto del universo. En una palabra, no se distinguen